

tinguen, pues, por sus ideas y sus actos; en una palabra, por su lenguaje.

El mundo es la conciencia de Dios. Las ideas ó hechos de conciencia en Dios, son la atraccion, el movimiento, la vida, el número, la medida, la unidad, la oposicion, la progresion, la série y el equilibrio: todas estas ideas fueron concebidas y producidas eternamente, por consiguiente, sin sucesion, prevision ni error. El lenguaje de Dios, los signos de sus ideas, son todos los séres y sus fenómenos.

Las ideas ó hechos de conciencia en el hombre, son la atencion, la comparacion, la memoria, el juicio, el razonamiento, la imaginacion, el tiempo, el espacio, la causalidad, lo bello y lo sublime, el amor y el odio, el dolor y la voluptuosidad. Estas ideas las produce el hombre al exterior por signos específicos; idiomas, industria, agricultura, ciencias y artes, filosofias, leyes, gobiernos, guerras, conquistas, ceremonias alegres y fúnebres, revoluciones y progresos.

Las ideas de Dios son comunes al hombre, que viene de Dios como la naturaleza; que no es más que la conciencia de la naturaleza; que toma las ideas de Dios por principios y materiales de todas las suyas, y convierte en su sér y se asimila incesantemente la sustancia divina. Pero las ideas del hombre son extrañas á Dios, que no comprende nuestro progreso, y para quien todos los productos de nuestra imaginacion son monstruosos. Por esta razon, el hombre habla el idioma de Dios como el suyo propio, mientras Dios es impotente para hablar el idioma del hombre, y ninguna conversacion, ningun pacto es posible entre ellos; por eso, en fin, todo lo que en la humanidad viene de Dios, se detiene en él ó vuelve á él, es hostil al hombre y perjudicial á su desarrollo y á su perfeccion.

Dios crea el mundo; arroja, por decirlo así, al hombre de su seno, porque es la potencia infinita, y porque su esencia consiste en engendrar el progreso eternamente: *Pater ab ævo se videns parem sibi genuit natum*, dice la teología católica. Dios y el hombre son, pues, necesarios el uno al otro, y ninguno de ellos puede negarse sin que el otro desaparezca al mismo tiempo. ¿Qué sería el progreso sin una ley absoluta é inmutable? ¿Qué sería la fatalidad si no se desenvolviese al exterior? Supongamos que la actividad en Dios cesase de repente; la creacion volveria á entrar en la existencia caótica, volveria al estado de materia sin formas, de espíritu sin ideas, de fatalidad ininteligible. Dios, sin obrar, no existe.

Pero Dios y el hombre, á pesar de la necesidad que los encadena, son irreductibles; lo que los moralistas llamaron, por una calumnia piadosa, la guerra del hombre consigo mismo, y que en el fondo no es más que la guerra del hombre contra Dios, la guerra de la reflexion contra el instinto, de la razon que prepara, elige y contemporiza, contra la pasion impetuosa y fatal, es una prueba irrecusable de esta verdad. La existencia de Dios y del hombre está demostrada por su antagonismo eterno; hé ahí lo que explica la contradiccion de los cultos que, tan pronto piden á Dios que vele por el hombre, que no le abandone á la tentacion, como Fedra conjurando á Vénus para que arranque de su corazon el amor que Hipólito le inspirara, como le piden la sabiduría y la inteligencia; el hijo de David al subir al trono, y nosotros en las misas del Espíritu Santo, somos una prueba de ello. Hé ahí, en fin, lo que explica la mayor parte de las guerras civiles y de religion, la persecucion de las ideas, el fanatismo de las costumbres, el odio á la ciencia y el horror al progreso,

causas primeras de todos los males que afligen á nuestra especie.

El hombre, como tal, no puede encontrarse nunca en contradicción consigo mismo, y sólo siente la turbación y la lucha por la resistencia de Dios, que vive en él. En el hombre se reúnen todas las espontaneidades de la naturaleza, todas las instigaciones del Sér fatal, todos los dioses y los demonios del universo. Para someter estas potencias, para disciplinar esta anarquía, el hombre sólo cuenta con su razón, con su pensamiento progresivo; y hé ahí lo que constituye el drama sublime, cuyas peripecias forman, por su conjunto, la última razón de todas las existencias. El destino de la naturaleza y del hombre es la metamorfosis de Dios; pero Dios es inagotable, y nuestra lucha eterna.

No nos sorprendamos, pues, si todo el que hace profesión de misticismo y de religión, todo el que depende de Dios, todo el que desea retrogradar hácia la ignorancia primitiva, todo el que preconiza la satisfacción de la carne y el culto de las pasiones, se presenta como partidario de la propiedad y como enemigo de la igualdad y de la justicia. Nos encontramos en vísperas de una batalla, en la cual todos los enemigos del hombre se conjurarán contra él; estos enemigos son los sentidos, el corazón, la imaginación, el orgullo, la pereza y la duda: *¡Astiterunt reges terre adversus Christum!*... La causa de la propiedad es la causa de las dinastías y de los sacerdotes, de la demagogia y del sofisma, de los improductivos y de los parásitos. Ninguna hipocresía ni seducción alguna se omitirá para defenderla. A fin de arrastar al pueblo, se empezará por compadecer su miseria; se excitará en él el amor y la ternura, todo lo que pueda disminuir el valor y debilitar la voluntad; se pondrá por cima de la reflexión filosó-

fica y de la ciencia su feliz instinto: después se recordarán las glorias nacionales; se exaltará su patriotismo; se le hablará de sus grandes hombres, y poco á poco sustituirán el culto de la Razon, siempre proscrito, con el de los explotadores, con la idolatría de los aristócratas.

El pueblo, como la naturaleza, desea realizar sus ideas, y á las cuestiones teóricas prefiere las de personas. Si se subleva contra Fernando, es por obedecer á Mazaniello. Necesita un Lafayette, un Mirabeau, un Napoleón, un semi-dios, y no aceptará su dicha de las manos de un comisionista, á no ser que se presente vestido de general. ¡Y ved cómo el culto de los ídolos prospera! Ved á los fanáticos de Fourier y del buen ICARIO, grandes hombres que quieren organizar la sociedad y no pudieron establecer nunca una cocina; ved á los demócratas, que hacen consistir la grandeza y la virtud en un triunfo de tribuna, siempre dispuestos á lanzarse sobre el Rhin, como los atenienses en Queronea, obediendo á la voz de algun Demóstenes que la víspera haya recibido el oro de Filipo y arroje su escudo en medio de la batalla.

De las ideas, de los principios, de la inteligencia de los hechos realizados, nadie se ocupa: no parece sino que tenemos demasiado con la sabiduría antigua. La democracia permanece todavía en Rousseau; los dinásticos y los legitimistas sueñan con Luis XIV; la clase media se eleva hasta Luis el Gordo; los sacerdotes sólo se detienen en Gregorio VII, y los socialistas en Jesucristo: aquí se va á quién retrocede más. En esta decadencia universal, el estudio, como el trabajo parcelario, es un modo de embrutecerse; la crítica se reduce á insípidas arlequinadas, y toda filosofía espira.

¿No es esto lo que hemos visto hace algunos me-

ses, cuando un hombre de ciencia, amigo del pueblo y que hace profesion de enseñar la historia y el progreso, á través de un diluvio de frases elegiacas y ditirámicas, no supo emitir sobre la cuestion social más que este desgraciado juicio?

«En cuanto al comunismo, una sola palabra basta. El último país en donde la propiedad será abolida, es la Francia precisamente. Si, como decia alguno de esta escuela, *la propiedad es un robo*, hay aquí veinticinco millones de propietarios que no se dejarán despojar mañana.»

El autor de esta bufonada es el Sr. MICHELET, profesor en el colegio de Francia, miembro de la Academia de Ciencias morales y políticas, y el *alguno* á quien alude soy yo. El Sr. Michelet pudo nombrarme sin temor de que me avergonzase: la definicion de la propiedad es mia, y toda mi ambicion consiste en probar que comprendí su sentido y su extension. ¡*La propiedad es el robo!* En mil años no se vuelven á decir dos palabras como esas: no tengo más bienes en la tierra que esa definicion de la propiedad; pero la creo más preciosa que todos los millones de Rothschild, y me atrevo á decir que será el acontecimiento más notable del reinado de Luis Felipe.

Pero... ¿quién le ha dicho al Sr. Michelet que la negacion de la propiedad implica necesariamente el comunismo? ¿Cómo sabe que la Francia es el último país del mundo que abolirá la propiedad? ¿Por qué en vez de *veinticinco millones* de propietarios no dijo *treinta y cuatro*? ¿En dónde nos vió acusar á las personas, como acusamos las instituciones? Y cuando añade que los veinticinco millones de propietarios que hay en Francia no se dejarán despojar mañana, ¿quién le dá derecho de suponer que se necesita para nada su consentimiento? En cinco líneas, el Sr. Michelet tuvo el talento de ser cinco veces absurdo: sin

duda quiso realizar la prediccion que yo hice en otro tiempo respecto á la persona que en lo sucesivo quisiese defender la propiedad. Pero... ¿qué se puede responder á un hombre que, despues de cuarenta años de estudios sobre la historia, se presenta predicando en el siglo XIX la emancipacion por el INSTINTO? Que otros discutan con el Sr. Michelet; yo, por mi parte, le recomiendo el estudio de la cronología.

CAPÍTULO XII

ÉPOCA NOVENA. — LA COMUNIDAD

A mi amigo Villegardelle, comunista.

Mi querido Villegardelle:

A su debido tiempo recibí vuestras dos últimas publicaciones, y os doy las gracias.

He leído la ARMONÍA DE LOS INTERESES, con el encanto que debian producirme vuestro espíritu sutil, vuestro pensamiento vivo y ligero y vuestra expresion siempre escéptica y cáustica. ¿Qué se puede buscar en un escrito comunista, sino la imaginacion y el talento del escritor?

Lo que me impresionó en la HISTORIA DE LAS IDEAS SOCIALES, fué el segundo título: *Los socialistas modernos adelantados y aventajados por los antiguos pensadores y filósofos*. Confieso que encuentro en esto ménos malicia que candor. ¡Qué bella recomendacion para nuestra causa, hacer ver á un público, imbuido de las ideas de progreso, que la invencion se debilita en nosotros á medida que la civilizacion se desarrolla sobre su base propietaria, y gritar pú-